



Manuel Garrido López

MIS CAMINOS DE EL ROCÍO

Mis caminos de El Rocío

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Manuel Garrido López

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103187

ISBN e-book: 9781524303471

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Prefacio

No hay caminos determinados para llegar, todas las sendas son buenas y válidas. ¿Cómo, si no se entiende ese creciente número de hombres y mujeres de cualquier edad que se acogen a su devoción y vienen a buscarla a su aldea desde tierras, a veces lejanas, y en las que ya, y desde siempre, habían puesto su mirada en la Virgen Santísima en otra advocación? Gente llegada desde los cuatro puntos cardinales de nuestra Andalucía y de otras regiones, Valencia, Alicante, Cataluña, Las Palmas de Gran Canaria y tantos otros lugares, ya fuera de nuestras fronteras, Francia, Brasil.

Ella, Rocío, es el nuevo maná, que rocío fue también venido del cielo, enviado por Dios, y a todos alcanzó y fue su alimento en el duro peregrinar. No abandona el Señor jamás a su pueblo y, como entonces, nos ha procurado este nuevo maná que se llama Rocío y que, desde aquella pequeña aldea de Huelva, se nos ofrece a todos y a todos, uno a uno, nos viene alcanzando por los distintos caminos dispuestos para llegar a Ella.

Yo mismo tardé mucho en sentirme rociero. He cantado a la Madre de Dios con muchos de sus títulos, ya de Gloria o como Dolorosa. Mas, en mis tribulaciones, en mis dudas,

siempre he recurrido a Ella como auxilio seguro de los cristianos. Y el nombre de Rocío, la Blanca Paloma, Reina de las Marismas, me fue penetrando, poco a poco, como esa lluvia menuda, que apenas advertimos, llevados por otros pensamientos, y que no llegamos a notar hasta que no la sentimos en la propia carne.

He utilizado para realizar esta obra algunos de los muchos pregones, por mí ofrecidos en distintas hermandades rocieras, con el único deseo de intentar expresar mi forma de ver y sentir mi amor por la Blanca Paloma

Nadie me enseñó a ser rociero y fue la misma Virgen del Rocío quien me dijo: «ven, que también hay sitio para ti en mi regazo».

Manuel Garrido López

Misa de Romeros

Hermandad del Rocío de Sevilla

Yo, pecador, me confieso ante Dios Todopoderoso y ante vosotros, hermanos, de haber pecado de vanidad y de soberbia, al ser tan osado de ocupar esta noble tribuna que, enaltecida por mis predecesores, ha sido elevada a cotas, para mí inaccesibles, sin el apoyo de vuestra magnanimidad.

Esta es mi gran culpa.

Por tanto, ruego a Santa María del Rocío, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios y ante Ella, para que me hagan digno de merecer vuestra atención y me otorguen beneficio para cantar sus alabanzas y la gracia de Santa María, La Virgen, Reina de las Marismas.

Y, en esta confianza, solicito venia de las dignísimas autoridades, del hermano mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Sevilla, de todos sus hermanos y de vosotros, amigos, para adentrarme en el difícil camino que se abre ante mí y al que llego de la mano generosa de D. JOSÉ DÍAZ GONZÁLEZ, feliz e inolvidable pregonero del pasado año y que, dejándose llevar de su desprendimiento, me ha conferido tan altos valores cuando ha trazado mi

imagen, que no me atrevo a rechazar por no parecer desagradecido, pero que bien quisiera poseer realmente, por no desencantaros.

Por no defraudar a nuestro hermano mayor, que, con tanta largueza, me ha honrado al proponer mi voz a la Junta de Gobierno y a la propia Junta por aceptarme.

Por no frustrar a mi tan liberal presentador y, muy especialmente, por no decepcionaros a vosotros, hermanos, pendientes ya de mi palabra, que solo hallará claridad, transparencia, si me alcanza la luz del Rocío de nuestra Blanca Paloma, a la que, a manos y corazón abiertos pido, espero, suplico su maternal protección.

Vamos a cabalgar juntos en el potrillo alado de la imaginación y, anticipándonos en el tiempo, nos vamos a acomodar en el interior del sevillanísimo templo del Divino Salvador, en la mañana de gloria del miércoles 3 de Junio del presente año de 1.981.

Vamos a celebrar solemnemente la Misa de Romeros, antes de emprender el camino, rumbo a las marismas.

Camino, que bien quisiera serlo de ida solamente y sin posible retorno, en ese escondido afán de quedarnos con Ella para siempre, perennemente a su lado.

¡Ay! Quién tuviera
un laíto pa estarme
siempre a tu vera.

Posiblemente, en este oculto deseo, está la razón de que se nos haga tan dolorosamente triste el regreso de cada año.

Porque cuesta en verdad arrancarnos de allí, abandonar su casa y, cuando ya no queda más remedio, nos vamos con un adiós, que es el menor adiós de todos aquellos que decimos sin querer que lo sean.

Y, premiosamente, remoloneando, sin voluntad y sin valor para darle definitivamente la espalda, nos marcharnos sin irnos del todo y sin querer perderle la vista, incapaces de dejar de mirarla, aun cuando llevamos a rebotar el alma y los ojos de la luz de sus ojos y pletóricos de su imagen y de su gracia bendita.

Pero, bueno, estamos al pie del camino y la vuelta —tan lejana aún— no va a poner valladares a nuestra alegría y a esta ilusión infinita, que se nos hace pájaro por la sangre y nos arrebatada alborozadamente el ánimo y, allá que se nos lo lleva por las celestes veredas de la paz del Señor.

Al Señor, en vuestro nombre, rocieros de Sevilla y en el de los romeros, todos de la Blanca Paloma, y en mi propio nombre, elevo esta mi sencilla plegaria:

Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Ten piedad, Señor.

Somos pecadores que caminamos hacia Ti, por el camino seguro de tu madre amantísima. Porque Ella es la senda que trazara la mano del Padre para que te llegaras a nosotros y que Tú nos has dejado abierta de par en par, para nuestro ir a tu encuentro.

Es por esto, Señor, que estamos aquí reunidos y nuestro contento se hace exultante, acelerando nuestros pulsos y el latir del corazón.

Estamos contentos y con alegría hemos preparado todo convenientemente.

Los alcaldes de carretas han pasado sus últimas instrucciones y han impuesto a los carreteros de su quehacer. Cada romero, cada peregrino, conoce su obligación y el cohetero que dará la señal de partir, aguarda paciente la orden de escribirla con fuego en el cielo.

La carreta del simpecado, vacía aún de su preciosa carga, centellea deslumbrante al sol de la mañana.

Pero todavía se ha de dar un último repaso al abundante costo, que ha sido apercebido cuidadosamente y acomodado de manera que cada cosa esté pronta en su momento y nada pueda sufrir deterioro.

Aquí la sal, aquí la miel, aquí el amor.

Aquí, perfectamente protegido para que no se nos quiebre —¡tan frágiles!— el perdón.

Nunca está de más cargar la mano al hacer su provisión que sabido es que no ocupa lugar y mejor será que sobre a que nos falte.

Aquí y aquí, madejillas de fino hilo de perdón y de paz, que tiempo habrá en el tiempo para devanarlas y atarnos con ellas a Dios.

Porque la gloria de Dios en el cielo, es la paz en la tierra de los hombres que ama el Señor.

A nadie maraville nuestro júbilo y acérquense a compartirlo con nosotros, que la tierra es feraz y es pródiga y ubérrima y nos devuelve el ciento por uno. Cantad con nosotros, y con el ave y la espiga y la flor y el río, la gloria inmensa del Señor.

Alabemos a Dios. Demos gracias al Señor Dios, Rey celestial.

Que somos pecadores y reconocemos nuestros pecados y, cuando a punto estamos de echar a andar, nos mostramos

alegres y cantamos tu gloria, porque Tú quitas el pecado del mundo y has tenido piedad de nosotros, que somos carne de pecado y somos débiles a la tentación y presa fácil de la lujuria y de la avaricia y del orgullo y somos tremendamente reacios y negados para la conmiseración y para el perdón y la clemencia.

Pero solo Tú eres Santo, Señor.

A nadie, pues, maraville nuestro contento.

Nos echamos al camino
con nuestra culpa a la espalda,
una copla a flor de labios
y una luz en la mirada.
Con los últimos cohetes,
se agigantan las distancias
y se borran los contornos
de las torres y las casas.
El adiós de los pañuelos
blanquea por las barandas
y en los rostros que se quedan
brilla el cristal de una lágrima.
y, allá va por los caminos,
en su carreta de plata,
el corazón de Sevilla
Hacia las marismas altas.
Los bueyes no tienen prisa,
Ni el boyero que los manda,
Ni tiene prisa la niña
que va a la grupa montada.
Hay que darle tiempo al tiempo,
que la vereda es muy larga

y hay que bebérsela a sorbos
y andarla como Dios manda.
El vino fresco rasguea
las cuerdas de la garganta
y se abre el clavel rojo
de un cante por sevillanas:
*el que tenga una pena
dentro del alma,
que la guarde en su armario
bien encerrada,
o que venga y la cante
con muchas ganas,
que la pena es mas pena
si no se canta.*

Y así hacemos el camino
desde Sevilla a tu casa,
con una copla en los labios
y nuestra culpa a la espalda.
Nuestra culpa y nuestra cruz
—que no es pequeña la carga—
y cuando el peso nos hunde
nos levanta la esperanza.
Que esta es tu tierra, ¡paloma!
Y no hay rayo que la parta
Y las tormentas más negras
En tu rocío naufragan.
Y así vamos; tan sin prisas
Y alegres, como Dios manda.
Que habrá quien llore sus penas,
pero Sevilla las canta.

Y es llegado, en esta ideal misa anticipada de romeros, la lectura de la *Epístola*, de cuyo contenido os hago portadores, para su traslado a su verdadero destinatario —ausente siempre en actos como este— y que es ese ente anónimo que no ha aprendido todavía a comprendernos, que ignora cómo somos verdaderamente y que se niega a creer en los rocieros.

A ti, pues, desconocido amigo, quizás alguna vez consientas que te llame así, va dirigida esta carta de súplica de perdón.

Perdónanos, a mí y a todos los rocieros, por el solo hecho de serlo.

Por sentir el Rocío y por amarlo.

Y por llamarnos rocieros a boca llena, como si ello fuera un timbre de gloria, como quien blasona de títulos de nobleza.

Y no es cierto que la condición de rocieros nos haga diferentes de los demás; mejores o peores que los que no lo sois, ni conlleva distinción ni dignidad alguna.

Y pienso que te hemos ofendido, creyéndote incapaz de entendernos y contándote un Rocío de alegrías y desenfado, silenciando y escondiendo nuestras emociones.

Hemos repicado nuestro gozo, magnificando vivencias festivas de cantes y de bailes y de bien servidas mesas, con abundantes bebidas y con la sal y pimienta de la pajolera gracia connatural de nuestras gentes.

Y no te hemos mencionado, siquiera, la espiritualidad de esa alegría que preside la mesa.

Te hemos hablado del camino y hemos querido maravillarte con la descripción de aguafuertes y contraluces, en pinceladas de atrevido impresionismo y de escondidos y encantadores parajes y amaneceres plácidos y de embrujadas

puestas de sol, al amor de la candela y con el contrapunto estremecedor de una guitarra dolorida.

Y nada te hemos dicho de la sencilla plegaria que su contemplación hizo brotar, húmeda y salobre, del más íntimo rincón.

Te hemos ocultado cada lágrima incontinida y las veces que sentimos que un nudo nos atenaza la garganta y un viento de nieve nos navega la columna vertebral y nos para los pulsos y hemos de cerrar los puños, hasta clavarnos las uñas en las palmas de las manos para no salir llorando como chiquillos.

Y hemos debido herirte mucho, cuando tan enconadamente te nos muestras y tan sin disposición para el acercamiento y para la reconciliación.

Pero, acaso, no es definitivamente tarde y algún día decidas acceder al lugar que Ella tiene a su lado para ti.

Perdónanos, amigo, si ha sido por eso por lo que has querido ver nuestra romería, llevando abierto solamente un ojo; el ojo de ver las sombras.

Porque la luz ha escapado a tu mirada y te has negado a ti mismo la belleza mágica de los contrastes y la grandiosidad formidable de una auténtica perspectiva.

Has cargado tu única retina abierta de instantáneas carentes de todo relieve y después has ido vendiéndonos en coplas y romances y has llevado tus apresuradas conclusiones a la letra impresa y hasta la pantalla grande de los cines del mundo, pienso que, más que por un puñado de monedas, o por el aplauso halagador de los fácilmente manejables, porque te has enojado mucho con nosotros, que no hemos sabido contactarte toda la verdad de nuestra verdad auténtica.

Ven conmigo al rocío,
dame la mano
y dame tu consejo
de buen cristiano.
Vente al rocío
y míranos de cerca.
Vente al rocío,
que no somos tan malos,
amigo mío.

¡Palabra de rociero de Sevilla!

¡Aleluya!
Y Dios sembró la semilla
y la regó de rocío
y amor nació como un río
en el alma de Sevilla.
Sevilla se hizo barquilla
la mas rauda y marinera
que voló nunca a tu vera
para decirte ¡aleluya!
que quiere ser siempre tuya
esta hermandad rociera.
¡aleluya!
Contigo, siempre, señora,
en el calor y en el frío
y, al amparo del Rocío,
de tu gracia mediadora.
contigo, cuando mi hora
llegue al momento final,

y en tu ermita celestial,
doble ante ti la rodilla
de romero de Sevilla,
que tu amor hizo inmortal.
¡Aleluya!
y a ti, que diste cobijo
en tu cintura serena
al que el universo llena,
porque quiero ser tu hijo,
paso a paso me dirijo,
en pos de esa luz que brilla,
candorosa en tu mejilla,
y te traigo el ¡aleluya!
Con que te canta y te arrulla
tu rocío de Sevilla.
¡Aleluya!

Lectura del Santo Evangelio, según el sentir rociero.

Cuando llegó el lunes de Pentecostés, estaban todos reunidos en la plaza ancha.

Y se escuchó, de repente, un estruendo que nacía del interior de cada uno de los allí congregados, como de una ráfaga de viento que sopla con furia, e invadió la plaza donde se encontraban.

Y aparecieron como lenguas de fuego, que se repartieron y posaron sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en la misma lengua.

Había allí gentes de todos los pueblos, de todas las clases y edades, de todas las condiciones y maneras de sentir y de pensar, que pertenecían a todos los estamentos que hay bajo la capa del cielo.

Y al producirse este estruendo, acudió un gran gentío y todos quedaron atónitos al oírlos expresar el mismo sentimiento.

Y, llenos de estupor, exclamaban: pero ¿no son labriegos estos? ¿Y estos hacendados y gobernantes y pescadores y carpinteros? ¿Y poetas y pintores, jornaleros, magistrados y músicos, servidores y señores y niños y ancianos...?

Y todos, como una sola voz, repetían a un tiempo las mismas palabras...

Dios te salve... Reina y Madre... de Misericordia... Vida, dulzura y Esperanza nuestra...

—Mirad, mirad —decían—: La Madre de Dios, la que es vida y dulzura; la que es nuestra esperanza, ha alcanzado el centro de la plaza, portada en su templete de plata sobre unas andas, hechas para ser llevadas por diez o doce personas, a lo sumo, y a las que van aferrados casi medio centenar de hombres jóvenes y fuertes, que defienden valientemente el puesto conseguido, vaya usted a saber con qué trabajos, y dispuestos a no dejárselo arrebatarse por aquellos otros que, en número que supera el centenar, rodean el apretado grupo, buscando la oportunidad de entrar en él, sea como sea.

La lucha es titánica. No es posible la tregua, ni vale desmayar. La menor vacilación, el más insignificante descuido, puede suponer la pérdida del lugar tan duramente alcanzado.

Y, de pronto, uno de aquellos jóvenes, curtido por los duros trabajos y por el viento y el sol de estas tierras, sale como escupido del racimo que rodea a la Virgen. Y sale bañado enteramente en sudor, que se mezcla en su rostro con el mar de lágrimas que brota a raudales de sus ojos.

Rabia de coraje y de impotencia, porque le han faltado las fuerzas, o porque le han cogido en un descuido. Y siente vergüenza y una pena inmensa de sí mismo y no le queda más recurso que este llanto amargo y desesperado, que se confunde en su cara con el copioso sudor del sobrehumano esfuerzo.

Como una sola voz, los millares de miles de voces allí reunidas, continúan hablando y expresándose todos en la misma lengua.

...Para que seamos dignos...de alcanzar las promesas...de Nuestro Señor JesuCristo...

Como una sola voz y un mismo pensamiento y solo una lengua, en ese lunes de Pentecostés de gloria...

Rezando la salve están
los romeros andaluces,
al compás del martinete
con el martillo en el yunque,
y en la fragua de sus voces
los corazones se funden.
Para rezarle a la Virgen,
no hay oración más sincera,
más gallarda y más valiente,
que la salve rociera.

Como en todas las misas, en esta nuestra, aun cuando no pasa de ser la febril ensoñación de un loco poeta, no debería faltar la obligada homilía. Mas no quiero ni debo rebasar las lindes que he marcado a mi propia osadía y he destinado esta parte de la celebración y en sustitución de la misma, a lo que

ha de ser esencialmente mi pregón, que ha sido pensado como un canto al amor, y al perdón y a la convivencia

Pero entiéndase que no vengo a predicar amor, sino a cantarlo. No es tarea mía exhortar al perdón, sino enaltecerlo.

Porque la mía no es palabra de Dios, aunque en su amor la inspiro; es la palabra de un hombre sencillo, que gusta de ver en lo que es, dentro de lo que es.

Pienso que es en lo interior donde está la verdad y es allí donde hay que entrar y descubrirla.

Y vengo a hablar del amor, donde Amor tiene su asiento. Al pie mismo del lugar en el que Sevilla ha levantado el más portentoso monumento al Amor.

A la vera, al lado, junto al Señor del Amor. Casi dentro del Amor.

Allí, donde Amor sigue siendo Amor y se purifica y se eleva y se sublima y se nos hace imposible creer en el desamor, en la falta de amor, en la mercantilización del amor, en la negación, hermanos, del amor.

Amor está ahí y bien que lo sabe la Blanca Paloma que, en sus diálogos a escondidas con Él, mediadora siempre y abogada nuestra, no cesará de repetir, una y otra vez, su cantinela eterna: Que se les acaba el vino y que el pan les falta y que les falta Amor. Sigue, hijo, muriendo por ellos cada día, mira que se nos pierden, si se les muere el amor. Que sin amor, que empape mi Rocío, su sed no se apaga, su luz perderá claridades y sus caminos sin brújula, los apartarán de los lares que el Padre ha dispuesto. Sigue, Amor, muriendo por ellos de amor.

Y amor ha trascendido, invadiéndonos y es, rociero de Sevilla, el motor que anima vuestro quehacer cotidiano y es andadura y acampada y meta de la Hermandad.

Y amor se hace tómbola y se hace representación teatral y campaña navideña y donativo anónimo o firmado y se hace sonrisa alentadora y cálida, y mano amiga y abierta, para llevar una brisa de amor a quienes parecen como olvidados y apenas si han sabido del amor jamás.

Y amor se hace coro, para cantarle al amor y llevar allí donde sus voces alcanzan un sencillo y hermoso mensaje de amor del Rocío de Sevilla.

Y amor magnifica la más acendrada institución española, que ha sido a través de los siglos, la base y la causa del estilo y de la manera de ser de nuestras gentes; la familia.

Y tiene amor, en el seno de la hermandad, olor y calor de hogar y sabor a pan de buena harina, partido por el padre, como amor y con amor, compartido con la esposa y con los hijos.

¡Qué formidable empeño, qué horizonte de esperanza se abre a vuestro propósito, a vuestro afán!

Cierto es que la maleza es mucha y sus raíces conmueven el firme del viejo camino en el que andáis, pero puesta ha sido la primera piedra para su reconstrucción y contáis con el heramental suficiente y nada frenará la tarea emprendida, con vuestro caudal de amor y vuestra capacidad para el perdón.

No os detengan barreras, ni montañas, ni abismos.

No oigáis al que duda, al que no sabe confiar.

No os duela la incomprensión, ni os importe que os nieguen hasta el derecho a soñar.

No os neguéis a vosotros mismos, ni pongáis frenos al impulso del corazón.

En el camino estáis y os digo, hermanos, que habéis elegido el camino cierto.

¡Palabra de rociero!

Creemos, dice vuestra oración sin palabras.

Creemos

Y es credo de fe, este silencio casi mágico que nos envuelve y que se ha colgado, como tupida enredadera, en las cuatro esquinas de este ideal recinto.

¡Creemos!

Y te sabemos, Padre todopoderoso, en el naranjo y en la piedra antigua y en la vara barroca de nuestro hermano mayor y en la llagas de los pies desnudos de los peregrinos y en la medalla con cinta de seda de nuestras hermanas.

Creemos, Señor JesuCristo, porque creemos en la luz y Tú eres la luz, cuya llama prendiera el Espíritu en la sangre de la que por tú madre, Tú nos has legado y con el Espíritu es Blanca Paloma, Madre y Reina nuestra y es nuestro Rocío.

Yo te he visto, rociero,
con tu chiquillo en los brazos
y acercárselo a la Virgen
hasta rozarle su manto
y te bañaban la cara
los canales de tu llanto.
Ibas pensando en el día,
en tu padre que te dijo,
guarda esta fe que te entrego
para dársela a tus hijos.

¡Creemos!

Y son credo de vuestra fe las risas de aquellas chiquillas, acogidas en las Hermanitas de la Cruz, que este mismo febrero llevasteis al Rocío, para que vieran por vez primera el rostro de la Blanca Paloma.

Y vuestra marcha blanca del pasado mes de julio y la peregrinación de octubre. Y cada jornada de acercamiento entre los hermanos. Y la labor de las mujeres en la hermandad.

Estas madres rocieras,
no saben cantes de nanas
y duermen a los chiquillos
con aires de sevillanas
y el padre lleva el compás
con el tambor y la gaita.
Y los niños en la cuna,
con las palabras primeras,
ya saben decir el nombre
de la virgen rociera.

¡Creemos!

Y es credo de fe en el Espíritu Santo, vuestra celebración de la festividad de Pentecostés en el lunes triunfal de la romería, aclamando a la Virgen como Blanca Paloma, porque llena fue de la gracia por el Espíritu.

Que Dios te salve, madre mía,
y que el Señor sea contigo,
Paloma de la alegría.
Bendito es tu nombre siempre
y el zagalillo que te abraza
y que es fruto de tu vientre.

Ruega, Paloma del Rocío,
porque te quiera hasta la muerte
con tos mis cinco sentíos.

¡Creemos!

Y vuestro credo se eleva reverente en el seno de la Santa Iglesia, acercando a vuestros hijos a la verdad y haciéndoles sentir el noble orgullo de llevar sobre su corazón la medalla, que es símbolo de vuestra unión y de vuestra fe.

El niño estrenó medalla
de la Virgen del Rocío
y apuntó el nombre y la fecha
en el cuaderno de un pino.
Y el niño le dijo al árbol
cosas que no comprendimos,
porque solo las entienden
los árboles y los niños.
Quizás, el tiempo le borre
este recuerdo al chiquillo,
pero su nombre, ya siempre,
se queda en el pino escrito.

¡Creemos!

Y, porque creemos, esperamos la resurrección y en nuestro vivir de cada día, disponemos el costo para el último camino.

Para el rocío final,
tiene el cielo una marisma
y en la procesión del lunes
de la eterna romería,

tiran cohetes de amor
los romeros de Sevilla.
y todos le llevan ramos
de amapolas y de espigas
y el cielo entero se llena
de cantares y de risas
y de velas de promesas
y de antorchas encendidas
y el credo le abre las puertas
al Rocío de Sevilla.